

## ¿Y ELLAS, QUÉ? ENAMORAMIENTO DESDE SU REALIDAD

### Padre Pedro José Ynaraja

¿Y ellas, qué? Enamoramiento desde su realidad.

Me he estado refiriendo a la vocación sacerdotal y no sé porqué he derivado a unas situaciones más peculiares. No creo que el celibato, por más que se hable de ello, resulte ser la dificultad fundamental para el que ha escogido el presbiterado en la Iglesia latina. Ahora por honradez, debo acabar el tema, lo miraré desde otro ángulo, el femenino. ¿Cómo puede reaccionar la mujer, cuando no es correspondida? Infinitas serán las actitudes, me referiré a algunas.

Me lo confió ella, era una jovencita atractiva, enamorada de un chico dotado de grandes valores. Su vivencia era emocional, apasionada, sin ninguna experiencia entre ambos a nivel físico. En una palabra: una parejita de novela. Acabando el bachillerato, él le dijo que pensaba entrar en el seminario. La reacción de ella, y de aquí que me lo explicase, fue creerse traicionada por Dios. Él arrebatava aquel a quien ella más quería. Era su rival, sin que por ello perdiera la Fe. El sufrimiento, las neurosis, eran intensas. Traté de que mi amistad supliera sus carencias. Los he perdido de vista, sé que el chico abandonó sus estudios. La lesión que este hecho supuso en el corazón de ella, me sirvió para ser precavido.

En el extremo opuesto, en este caso quien me lo explicó fue él, el amor estaba más consolidado, también la edad mayor. Dejaba una profesión segura y digna, porque se sentía llamado por Dios a una vida de consagración total. Me confió que la reacción de la chica fue preguntarse si también a ella Dios la llamaba. Fue una etapa de interiorización y búsqueda de la fidelidad que la ocupó un año. Pensó que el Señor la llamaba al matrimonio. Pasó un tiempo y se volvieron a encontrar, todo eran buenos recuerdos, que derivaron a una sincera amistad. Le pidió que bautizara a su primer hijo y muy complacido él accedió.

Ahora una experiencia personal. Ni ella ni yo éramos chiquillos. Reconocía que su novio, solapadamente, la había abandonado. Su corazón sangraba. Había sufrido antes maltratos físicos por parte de su padre. Se sabía atractiva, había ganado algún concurso de belleza. La confianza a mí aliviaba su interioridad, simultáneamente germinaba un atractivo. Al final de una larga conversación, quiso que me fuera a la cama con ella. Sabía yo que herir su sensibilidad era peligroso. Logré que me comprendiera, sin enfadarse. Al día siguiente al salir de la iglesia, me dijo feliz: hoy he ido a misa, hacía muchos años que no asistía. Al cabo de unas horas yo le decía: ¿te das cuenta de que si te hubiera hecho caso, ahora no me sonreirías ni serías mi amiga?.

A las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza Este consejo de Pablo a Timoteo ha sido siempre mi lema (I Ti 5,2). Claro que a mí se me concedió la gracia de tener hermanas mayores, cosa de la que no todos gozan.